

## De tormentas y catástrofes en un mar entre imperios

[en] On Storms and Catastrophes in a Sea between Empires

Reinaldo Funes-Monzote<sup>1</sup>

Schwartz, Stuart B.: *Mar de tormentas. Una historia de los huracanes en el Gran Caribe desde Colón hasta María*, San Juan, Ediciones Callejón, 2018.

Church, Christopher M.: *Paradise Destroyed. Catastrophe and Citizenship in the French Caribbean*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2017.

En años recientes hemos asistido a la publicación de novedosas historias sobre los huracanes en la región del Caribe, tal vez inspiradas por la creciente atención a las consecuencias del cambio climático a escala global. Entre ellas aparecen las escritas por Louis Pérez Jr (*Winds of Change. Hurricanes and the Transformation of Nineteenth Century Cuba*, Chapel Hill, 2001), Matthew Mulcahy (*Hurricanes and Society in the British Caribbean, 1624-1783*, Baltimore, 2006), Frank Moya Pons (*El ciclón de San Zenón y la patria nueva. Reconstrucción de una ciudad como reconstrucción nacional*, Santo Domingo, 2007) y Sherry Johnson (*Climate and Catastrophe in Cuba and the Atlantic World in the Age of Revolution*, Chapel Hill, 2011). También podríamos citar el volumen editado por Cindy Ermus (*Environmental Disaster in the Gulf South: Two Centuries of Catastrophe, Risk and Resiliency*, Baton Rouge, 2018) sobre desastres ambientales en la zona del golfo de México. Pero ninguna de esas obras ha sido tan abarcadora como el primer título que nos ocupa en el presente texto, el libro de Stuart Schwartz, *Mar de tormentas. Una historia de los huracanes en el Gran Caribe desde Colón hasta María*, traducción al español del original aparecido en 2015 por la editorial de la Universidad de Princeton.

En los cerca de tres años que median entre ambas ediciones, los graves daños provocados por dos nuevos huracanes que azotaron el Caribe en septiembre del 2017, Irma y María, hicieron aún más oportuna y necesaria esta traducción. Por ello no es casual que en lugar de aparecer en la parte final del título el huracán Katrina, que atravesó el Caribe y golpeó Nueva Orleans al final de agosto de 2005, cierre el libro esta vez María, que impactó varias islas del Caribe oriental y cruzó Puerto Rico el 20 de septiembre de 2017. En verdad, aunque ambas ediciones terminen respectivamente con los mencionados Katrina y María, las conclusiones incluyen otros hu-

---

<sup>1</sup> Universidad de La Habana - Yale University  
<https://orcid.org/0000-0002-2152-3535>  
E-mail: [reinaldo.funesmonzote@yale.edu](mailto:reinaldo.funesmonzote@yale.edu)

racanes que tuvieron gran incidencia para la discusión sobre las políticas frente a los desastres en Estados Unidos. Fueron los casos de Sandy, que a fines de octubre del 2012 llegó hasta New York y Nueva Jersey, además de zonas más al norte de Nueva Inglaterra; y el de Harvey, que en agosto de 2017 afectó a gran parte del estado de Texas.

La combinación de huracanes que han golpeado a la cuenca del Caribe y a los Estados Unidos es una de las tantas contribuciones a agradecer en este libro. Desde la estrecha relación entre las colonias británicas antillanas y del continente en los siglos XVII y XVIII, o en el siglo XIX por los estrechos vínculos con las colonias hispanas y Cuba en particular, pero sobre todo a partir del siglo XX, no es posible entender la historia de las Antillas y los territorios continentales con costas al mar Caribe sin tomar en cuenta la formación de los Estados Unidos como nación y potencia hegemónica mundial. Como tampoco se puede escribir la historia de este país, aunque sea algo más difícil de asimilar por gran parte de lectores, sin hacer mención de la larga y conflictiva relación con un área que llegó a ser denominada como el “Mediterráneo (Norte) Americano” o el Mare Nostrum de la geopolítica imperial nortea.

Como se podrá apreciar, no se trata solo de una historia de los huracanes en la región conocida como el Gran Caribe, sino de un estudio de la evolución histórica de esta desde la llegada de los europeos hasta el presente, que toma como pretexto el evento natural que tal vez haya influido más en ese proceso. La definición ofrecida por el autor acerca de esta región histórica puede resultar polémica, al plantear dos escalas diferentes. La primera es más amplia y toma como centro a Barbados para abarcar hasta Chesapeake Bay en los Estados Unidos, que marca la frontera septentrional de las economías esclavistas y tabacalera; y hacia el sur hasta Río de Janeiro, y que incluye las costas al océano Pacífico desde el sur de Perú hasta México. En esta región más amplia subyace el concepto de Afro-América, ligado al empleo del trabajo esclavo en las plantaciones y actividades mineras.

Detrás de una definición tan extensa, puede estar la propia dedicación del autor durante años a la investigación sobre la esclavitud y la sociedad en el norte del Brasil, sobre la que produjo obras hoy clásicas de la historiografía de la plantación esclavista y el mundo atlántico (*Sovereignty and Society in Colonial Brazil. The High Court of Bahia and Its Judges, 1609-1751*, Berkeley, 1973; y *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Cambridge, 1986). Las similitudes con las colonias de plantación caribeñas son indiscutibles, pero a los efectos del tema de este libro hay una notable diferencia. Los huracanes o ciclones tropicales en ese Gran Caribe más amplio solo se producen al norte del Ecuador y pocas veces afectan los territorios al sur de Barbados. Por tanto, el libro se dedica en realidad no al concepto más abarcador, sino al más restringido de los territorios afectados por los huracanes, que incluye no solo a las islas, sino también casi toda Centroamérica y sureste de México, los estados estadounidenses con costas al golfo de México y los de la costa atlántica. Nos explica Schwartz que la elección del área más restringida del Gran Caribe obedece también a sus objetivos de abordar el pasado interconectado de asentamientos coloniales con economías de plantación y esclavitud, para luego pasar a sus historias de independencia y descolonización mediadas por la omnipresente hegemonía de los Estados Unidos.

El interés del autor por el tema se remonta a la década de 1980 y su primer artículo sobre el mismo apareció en 1992 (“The Hurricane of San Ciriaco: Disaster,

Politics, and Society in Puerto Rico, 1899-1901”, *Hispanic American Historical Review*, 72, 3 (agosto 1992), pp. 303-334). Pero dos décadas más tarde el libro comenzó a tomar forma para convertirse en una realidad, a partir de la invitación del Shelby Collum Davis Center de la Universidad de Princeton a presentar este tema en los Lawrence Stone Lectures de 2012. En esa oportunidad se centró en el período moderno, con el título de “Providence Politics and the Wind: Hurricanes in the Shaping of Caribbean Societies”. Para entonces no eran esos en modo alguno los límites cronológicos que le motivaban. Según nos dice, la relectura en el verano de 1986 de la obra de Fernand Braudel<sup>2</sup> sobre el mundo mediterráneo, le había llevado a reevaluar enfoques como el de la “larga duración” (*longue durée*) y la influencia del clima, lo que le indujo a ver en los huracanes un tema unificador del Caribe, que proporcionaba una unidad transnacional de experiencia, una meta-narrativa, capaz de encapsular en perspectiva comparada muchas de las características más notables de las sociedades y los procesos históricos en aquella región. No obstante, también desde el inicio buscó tomar distancia de la “trampa determinista” y centrarse así en la agencia humana más que en la propia “agencia” de los huracanes. En sus palabras, “el enfoque principal de este estudio es el modo en que los huracanes han moldeado la vida social y política del Gran Caribe y cómo, a su vez, los patrones sociales y políticos del Gran Caribe han influido en el impacto de las tormentas” (*Mar de tormentas*, p. 18). En esto se diferencia de obras recientes aparecidas en varios países de la región que se ocupan sobre todo de los huracanes como parte de la historia del clima, aunque sin obviar sus implicaciones sociales, como los libros de L. E. Ramos Guadalupe (*Huracanes. Desastres naturales en Cuba*, La Habana, 2009), L. Caldera Ortiz (*Historia de los ciclones y huracanes tropicales en Puerto Rico*, Create Space Independent Publishing Platform, 2017) o el de J. B. Elsner y A. Birol Kara (*Hurricanes of the North Atlantic: Climate and Society*, New York, 1999).

Nos hallamos frente a uno de los proyectos historiográficos más ambiciosos acerca del Caribe. Como se sabe, la mayoría de las historias generales de la región se limitan a las islas o Antillas, incluyendo unos pocos puntos del continente como Belice o las Guayanas, o bien muchas obras están dedicadas a algunos de los tantos “caribes”, el británico, el francés, el holandés o el hispano. A su vez, en la propia historiografía sobre el Caribe hispano el foco suele quedarse en las islas, aunque cada vez más se incluyen los territorios continentales (uno de los objetivos de la Asociación de Historia Económica del Caribe, creada en 2010). Aquí, de nuevo, la cuestión de los límites resulta relevante, pues cada país circundante en la cuenca tiene su propia región caribeña o atlántica. Es evidente que, aun sin proponérselo, a partir del tema unificador de los huracanes, Schwartz ha producido una de las obras más completas y abarcadoras de la región que ha sido designada por varios autores como Gran Caribe.

Debe quedar claro que esta no es una historia de la meteorología o del clima, aunque no faltan muchos de sus elementos centrales, como la evolución de los estudios científicos sobre estos eventos naturales (donde América tuvo desde temprano un lugar importante, incluyendo científicos con residencia en las Antillas). En este

---

<sup>2</sup> Se refiere al clásico de Braudel, F.: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols., New York, Harper & Row, 1966 (primera edición en Estados Unidos y presumiblemente en inglés) La primera edición en francés de 1949 y la primera en español: *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1953.

sentido, es también un libro sobre historia de la ciencia y la tecnología, que nos brinda algunos de sus hitos más importantes como parte de la historia social, cultural y política en torno a los huracanes. Por ejemplo, desde el arribo al Caribe de los primeros barómetros a fines del siglo XVII a la del telégrafo en el XIX, a los vuelos para el estudio de las tormentas a mediados del siguiente siglo y el primer satélite meteorológico en 1960. Se interesa asimismo el autor por el proceso de institucionalización de la meteorología, su relación con la navegación o con la agricultura y la creación de entidades para enfrentar los desastres.

El libro se divide en nueve capítulos, que incluyen epígrafes sobre temas diversos y en muchos casos relacionados con tormentas específicas representativas de la etapa en cuestión. Esta estrategia tiene que ver, nos dice Schwartz, con la imposibilidad material de abarcar todas las tormentas, entre 4 y 5 mil, algo que apenas serviría para satisfacer una curiosidad erudita. Otro aspecto a tener en cuenta es que hasta el siglo XX los huracanes carecían de nombres propios, por lo que eran identificados de acuerdo con el santoral católico. Solo a partir de 1953 comenzó la práctica en los Estados Unidos de darles nombre de mujer y en 1979 la Organización Meteorológica Mundial y el Servicio Meteorológico de los Estados Unidos decidieron alternar los nombres femeninos con los masculinos. Sin embargo, lo más importante es que el autor toma en consideración sobre todo aquellas tormentas que por un motivo u otro, y no solo por su nivel de destrucción, marcaron la historia del Gran Caribe y cuya memoria perdura hasta hoy. Un criterio de valoración que maneja en sentido retrospectivo es el de la escala Shaffir-Simpson, creada hacia 1970 para medir la intensidad de los huracanes (de 1 a 5 según la fuerza de los vientos y la presión barométrica).

Los tres primeros capítulos están dedicados a la Edad moderna, que hasta ahora nos era más familiar en los anteriores estudios de Schwartz. El capítulo 1 incluye temas como las primeras impresiones sobre los huracanes en el Caribe y el aprendizaje de los europeos sobre las ecologías locales, los cultivos y el conocimiento de los habitantes autóctonos. Sobre estos se destaca su capacidad de captar señales de la llegada de las tormentas, el rol de los tubérculos en su dieta y sus bohíos, capaces de resistir la embestida de los vientos. Desde luego, no faltan el papel de la iglesia y el poder de la eucaristía, las plegarias frente a fenómenos climáticos como los ciclones y las sequías, o los primeros escritos de los cronistas sobre los territorios colonizados. En el segundo capítulo se extiende el análisis al impacto sobre el sistema de flotas o las campañas militares en la región, disputada por las principales potencias europeas. Pero sobre todo al efecto de la aparición del sistema de plantaciones esclavistas en la creación de nuevas vulnerabilidades frente a las tormentas, incluyendo los impactos diferenciados sobre los esclavos y los amos, la amenaza del hambre y los temores a la sublevación de las dotaciones. En esta época aparece la idea de que los huracanes también podían traer efectos benéficos, como lo es aportar el agua muchas veces escasa en gran parte de las islas y contribuir a la mayor fertilidad de los suelos.

El tercer capítulo está dedicado principalmente al siglo XVIII y continúa, en gran medida, la línea de la interrelación entre las tormentas y las plantaciones. Temas para destacar son el vínculo entre la ciencia y el sistema esclavista, el desarrollo de las estadísticas, con la afición a tomar registros del tiempo, así como el surgimiento de la meteorología científica hacia fines del siglo. Schwartz nos muestra el papel de los huracanes en las relaciones entre los diferentes poderes coloniales en la región, sus impactos en las políticas mercantilistas y otras implicaciones de orden político y social. Se detiene de forma específica en el ciclo de tormentas de las décadas finales

del siglo XVIII, y también de sequías, eventos a los que en ocasiones se respondía con aperturas al comercio con los rivales o alivios tributarios. Entre los ejemplos que menciona aparece el “Gran huracán de 1780”, que afectó a Barbados y otras islas del Caribe oriental, con un saldo que se estima entre 20 y 30 mil muertes.

Los capítulos 4 y 5 parten de la última década del XVIII bajo la conmoción creada por la revolución de los esclavos en Haití y se extienden hasta fines del siglo XIX. El cuarto analiza el declive del sistema esclavista en las colonias inglesas y francesas, a la vez que el núcleo de la plantación y la esclavitud se desplaza a las Antillas hispanas y en especial a Cuba, que sustituyó a Haití como la colonia que aportaba mayores ingresos a su metrópoli y sus beneficiarios directos. En este período el autor observa un fortalecimiento del papel del gobierno, aunque coexistía aún la interpretación providencialista como obra de Dios. Según nos dice, “la respuesta a los desastres naturales recurrentes se convirtió en una suerte de arte de gobernar” (*Mar de tormentas*, p. 139). Esto incluía la aparición de un sentimiento de destino común entre las islas, el reclamo de unidad entre amo y esclavo frente a la catástrofe y medidas para promover los cultivos de subsistencia. Por otra parte, en las décadas de 1830 y 1840 surgía la ciencia de los huracanes. El capítulo 5 mantiene el foco en el auge plantacionista del Caribe español y muestra los nexos de tormentas famosas con acontecimientos políticos como la rebelión de Morant Bay en 1865 en Jamaica o el Grito de Lares en Puerto Rico y el inicio de la Guerra de los Diez Años en Cuba, ambos en 1868. Por estos años se extiende el telégrafo y en 1870 se crea el Servicio Meteorológico Nacional de los Estados Unidos.

A partir del capítulo 6 es más enfática la conexión entre acontecimientos político-sociales y el impacto de huracanes específicos. Fueron los casos del San Ciriaco que azotó Puerto Rico durante el primer año de la ocupación estadounidense, en agosto de 1899, ocasión utilizada por la nueva potencia hegemónica para mostrar su superioridad sobre la administración colonial española. En el capítulo 7 analiza la coincidencia de los inicios de la Gran Depresión en los Estados Unidos y en las Antillas con una activa década de tormentas entre 1926 y 1936. En estos años confluyeron huracanes que dejaron gran huella en la región como el San Felipe en Puerto Rico (1925) y el de 1928 que afectó a la misma isla y al sur de la Florida, donde ocasionó más de dos mil muertes por la inundación del lago Okeechobee; el de 1932 que arrasó el poblado de Santa Cruz del Sur en Cuba y el del “Día del Trabajo”<sup>3</sup>, que impactó los cayos del sur de la Florida en 1935. Pero al caso que dedica mayor espacio es al San Zenón, que en 1930 asoló la ciudad de Santo Domingo en República Dominicana y fue utilizado por Rafael Trujillo para afianzar su poder, al punto que la ciudad fue renombrada en su honor como Ciudad Trujillo (véase al respecto el estudio monográfico arriba mencionado de F. Moya Pons). El autor indica que la ciudad entonces tenía 50 mil habitantes, de los cuales 4 mil fallecieron y 19 mil sufrieron heridas, lo que representaba que casi la mitad de la población se vio afectada de un modo u otro. Como comentario incidental podemos decir que hoy el área metropolitana de Santo Domingo cuenta con más de tres millones de habitantes, lo que indica no solo su gran crecimiento sino tal vez los potenciales peligros de tener que enfrentar otro huracán de las mismas características.

---

<sup>3</sup> En los Estados Unidos se celebra el primer lunes de septiembre desde 1887, cuando el presidente Glover Cleveland lo instituyó como feriado oficial.



El capítulo 8 estudia los huracanes en el contexto de la Guerra Fría, a partir de casos como el Betsy, que llegó a Puerto Rico en 1956 en medio del proceso de reformas encabezado por el gobernador Luis Muñoz Marín tras la creación del Estado Libre Asociado (1952). No obstante, es Flora, ciclón que atravesó el oeste de Haití y la región oriental de Cuba en octubre de 1963, el que ocupa la mayor parte de la atención en este capítulo. El autor nos muestra el contraste en la actitud de ambos gobiernos. En Haití, bajo *Papa Doc* Duvalier, no se adoptaron medidas y más de 5 mil personas perecieron, además de otras 100 mil que perdieron sus hogares. En Cuba bajo la revolución liderada por Fidel Castro desde enero de 1959, la tormenta fue un reto para consolidar el nuevo orden y mostrar la capacidad de lucha contra la adversidad. Aunque las muertes (estimadas en 1.200) fueron las mayores ocasionadas por un evento de este tipo en la historia del país, el gobierno hizo los mayores esfuerzos por salvar vidas y bienes materiales. Flora se convirtió en un ejemplo del triunfo de la voluntad y el sentido de comunidad promovidos por el nuevo gobierno revolucionario. A partir de entonces el Estado cubano elaboró un plan de acciones que convirtió al país en un modelo para las naciones del Caribe y el resto del Tercer Mundo para hacer frente a los llamados desastres naturales, por su énfasis en la preparación y mitigación.

En el mismo capítulo 8 aparecen otros huracanes conocidos por su nivel de destrucción e implicaciones sociales y políticas, como el Gilbert (1988) en Jamaica y el Mitch (1998) en Centroamérica. Schwartz discute los significados de estas tormentas de fin de siglo en el contexto del creciente debate en torno al cambio climático y las distintas posiciones que alertan sobre las implicaciones del caliente global para la intensificación de las tormentas y de sus efectos destructores, o aquellas que niegan esa relación y lo ven como resultado de ciclos del clima. Otro punto desarrollado con más detalle en este capítulo es la creación de FEMA (Federal Emergency Management Agency), la agencia estadounidense para la gestión de los desastres naturales y los efectos de las políticas neoliberales que han mermado su capacidad para responder a los riesgos. Acerca de estos debates se profundiza en el último capítulo, dedicado como dijimos al inicio, a las tormentas del nuevo siglo XXI.

Esta abarcadora investigación de las tendencias históricas en las interacciones entre los huracanes y las sociedades del Gran Caribe representa un gran aporte para los estudiosos de las problemáticas ambientales actuales en la región. De acuerdo con instituciones internacionales, el Caribe es una de las regiones más propensas a los llamados desastres naturales, lo que representa un gran reto para la preservación de la vida humana, para alcanzar el nivel de desarrollo al que aspiran y las capacidades de construir sociedades sostenibles. Como nos muestra Schwartz, las soluciones no pasan solo por los avances de la ciencia y la tecnología, sino sobre todo por las actitudes humanas, la reacción y las políticas de los gobiernos, la solidaridad en momentos de crisis, la preparación frente a las contingencias y otros procesos para cuya comprensión la historia y las ciencias sociales tienen mucho que aportar.

Por último, es preciso aplaudir el excelente trabajo de traducción a cargo de Aurora Lauzardo Ugarte, para un libro que representa un reto por la cantidad de temas que abarca durante un período tan largo. De aquí pueden surgir pequeños errores que con seguridad pasan desapercibidos a la mayoría de los lectores. Por ejemplo, cuando se refiere a centrales azucareras para momentos anteriores al siglo XIX. En la conceptualización de los historiadores del Caribe la central solo aparece a mediados del mencionado siglo XIX y toma fuerza con el inicio del proceso de centralización

y concentración en grandes fábricas a fines del mismo siglo en Cuba y el Caribe hispano, sobre todo a partir de la creación del denominado “Reino” (norte) americano del azúcar (Ayala, C.: *American Sugar Kingdom. The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*, Chapel Hill, 1999). Para la etapa anterior es más correcto emplear términos como ingenio o plantaciones azucareras. El reconocimiento también debe ser extensivo a Ediciones Callejón por su esmerado trabajo para sacar a la luz esta nueva contribución a la historia compartida del Caribe, una línea que es prioritaria en este reconocido sello editorial.

*Mar de tormentas* puede ser considerada ya una obra clásica para la naciente historiografía ambientalista del Gran Caribe. Sus méritos y contribuciones son numerosas. Termino con algunas que me venían a la mente mientras releía la edición en español para esta reseña: retomar la idea de la larga duración para analizar los procesos históricos que conformaron la idea del Gran Caribe, a partir de los huracanes como hilo conductor; vincular las historias casi siempre dispersas o fragmentadas de los diversos caribes según las potencias colonizadoras; entrelazar las historias de los Estados Unidos y del Caribe continental e insular, sobre todo a partir de la ascendente hegemonía del primero en la región, elemento indispensable para entender la propia noción del Gran Caribe; establecer patrones de continuidad y de ruptura entre la historia moderna y la historia contemporánea en relación con el manejo y las actitudes frente a los huracanes. Por último, por brindarnos una historia ambiental que es al mismo tiempo una historia social y política, a su vez conectada con la historia de la ciencia y la tecnología y la historia cultural de la región.

Schwartz nos ofrece las raíces profundas para comprender y encarar debates en torno a problemáticas tan acuciantes como las del calentamiento global, o conceptos como capitalismo de desastre y sociedad del riesgo. Frente a las viejas o nuevas tormentas, ¿qué papel desempeñan la religión o las creencias religiosas?, ¿cómo impactan diferenciadamente a los grupos sociales según las jerarquías de clase, raza y género?, ¿cuál debe ser el rol de los gobiernos o la sociedad civil?, ¿existe relación entre soberanía y resiliencia?, ¿qué lugar ocupan la hegemonía, el poder o la ideología en la gestión de los huracanes? Respondiendo a interrogantes de este tipo no solo es el autor quien escapa de la trampa determinista, sino que también podrán hacerlo las sociedades caribeñas, aún atrapadas en cierta medida por la creencia de que la crisis económica secular o la desigualdad, tienen “causas naturales”.

Una exploración más puntual sobre el tema de los desastres naturales y sus implicaciones sociales y políticas nos la brinda el libro de Christopher M. Church, *Paradise Destroyed. Catastrophe and Citizenship in the French Caribbean*. Centrado en el caso de las Antillas francesas, Martinica y Guadalupe, el autor nos muestra como el impacto de las llamadas catástrofes naturales influyó en la compleja relación colonial entre Francia y ambas islas caribeñas. El estudio se enfoca en las décadas finales del siglo XIX e iniciales del siglo XX, aunque conectadas a la larga experiencia esclavista desde la ocupación de ambas islas y su conformación como colonias de plantación al servicio del mercantilismo de la metrópoli y las élites blancas plantadoras.

El libro es un buen ejemplo de las interconexiones entre eventos catastróficos de origen natural o humano y los procesos político-sociales que afectan a la relación entre Francia y sus posesiones caribeñas tras el reconocimiento de la ciudadanía por medio de la Constitución de 1875, a la vez que la nación gala extendía su dominación colonial en África y Asia. Aunque se trata de un estatus diferente, esto no exclu-

ye la persistencia de profundas tensiones de raza y clase. En particular, Church se interesa por conectar la historia ambiental con los estudios de raza, que han proliferado en años recientes y que tienen en el Caribe uno de sus focos de atención principales. Como nos dice, los desastres ambientales (cualquiera que sea su origen) retaron a la “fantasía republicana”, al sacar a la luz las tensiones sociales y de raza, en un contexto de declive de la economía plantacionista tradicional basada en el azúcar debido a la competencia de productores extranjeros y el aumento del azúcar de remolacha en la propia metrópoli. Declive al que asimismo contribuyen la sucesión de desastres socioambientales que aborda el libro.

¿Cuáles son esos “desastres”? Primero, el incendio de grandes proporciones que tuvo lugar en 1890 en Saint-Pierre, entonces la ciudad más importante de la isla conocida como el “París de las Antillas”. Segundo, el fuerte huracán que azotó la isla a fines de agosto del siguiente año. Tercero, la fatal erupción del volcán Mount Pelée en abril y mayo de 1902, para cerrar con la Primera Guerra Mundial, cuando el “barbarismo” del clima caribeño se trastoca en el barbarismo de los campos de batalla de la supuestamente civilizada Europa. Aunque el autor centra la mirada en Martinica, a lo largo del libro aparecen numerosas menciones y ejemplos de Guadalupe. Los eventos catastróficos en ambas islas, así como la protesta social que provocan otro de los desastres estudiados, los incendios, pusieron en evidencia los límites de la ciudadanía y las tensiones entre quienes veían a la isla como una “colonia de extracción” (élites blancas y funcionarios del gobierno central o de la administración colonial), y aquellos que abogaban por un trato similar al concedido a los departamentos de Francia ante eventos similares, como la grave plaga de la filoxera que por los mismos años aquejó los viñedos de la metrópoli.

Desde el punto de vista conceptual, Church hace una distinción entre los desastres que implican una irrupción repentina como los huracanes, los incendios o las huelgas, de aquellos que dependen más de los ciclos del cambio climático como las sequías o de los ciclos de crisis económicas. A su juicio son los primeros los que se caracterizan por la necesaria inmediatez de una respuesta de parte del Estado y por tanto ponen en evidencia los conflictos y las tensiones existentes con anterioridad. En este sentido, quizá el libro podía haber prestado más atención a la interrelación entre esos ciclos ambientales o económicos más largos y los eventos catastróficos que estudia con más detalle.

En el caso del huracán de 1891, que llegó a Martinica el 18 de agosto, es una revalidación de muchos de los aspectos tratados por el libro de Schwartz. El autor lo compara con otros huracanes famosos que le precedieron, como el citado Gran huracán de 1780, el más mortal en la historia con más de 20 mil muertes, de estas 7 mil en Martinica. Estima Church que el de 1891 estuvo entre los de categoría 3 o 4, según la escala Shaffir-Simpson, siendo el 44° más letal entre 1492 y 1996. En Martinica ocasionó alrededor de 500 muertes, a lo que se suman otras 1.120 personas que fallecieron en los meses siguientes, como consecuencia de las malas condiciones higiénicas.

A diferencia del incendio del año anterior que había afectado a la principal urbe de la isla, esta vez el desastre abarcó también las áreas de las plantaciones cañeras y fábricas de azúcar, lo que significó un duro golpe para la economía insular y los intereses de la élite blanca. Sin embargo, el gobierno central no estuvo dispuesto a adoptar las medidas reclamadas desde ultramar, privilegiando su visión de la isla como “colonia de extracción”. Afloraron, asimismo, los argumentos racistas, que



culpaban de la crisis a los propios trabajadores negros (mediante estereotipos que los calificaban de perezosos). Durante el huracán, como era ya usual, se dieron ejemplos de asistencia por parte de territorios vecinos, junto a la habitual falta de alimentos de subsistencia. En los años siguientes el declive azucarero continuó y con este la caída de los salarios y los empleos, lo que contribuyó a la primera gran huelga general acaecida en Martinica en 1900.

En medio de la acumulación de conflictos económico-sociales y políticos de la relación con Francia, se produjo una de las catástrofes más impactantes ocurridas en el Caribe y que removió las conciencias de la metrópoli y el mundo entero. La erupción volcánica del Mount Pelée el 23 de abril de 1902, que el 8 de mayo cubrió de lodo la ciudad de Saint-Pierre, ocasionando la muerte de unas 30 mil personas. Aunque Church no se centra en los detalles, ya recogidos en otros libros<sup>4</sup>, no deja de puntualizar que los desastres siempre tienen un componente social inseparable. Primero por el grado de vulnerabilidad que pueda tener el ambiente construido en determinado emplazamiento, pero sobre todo en este caso, pues las autoridades conminaron a los habitantes a permanecer en la ciudad en lugar de evacuarlos ante el peligro del volcán. Por ese motivo, Saint-Pierre pasaría de ser el París del Caribe a una moderna Pompeya, con la diferencia de que en la ciudad italiana la mayoría de la población había sido evacuada.

El interés de Church en la erupción del Mount Pelée se centra también en mostrar cómo incidió la catástrofe en el debate sobre la ciudadanía y el lugar de las Antillas francófonas en el proyecto nacional y republicano de Francia. A diferencia de otros eventos anteriores, en esta ocasión gran parte de los afectados directos pertenecían a la población blanca de origen europeo. Se estima que entre 4 mil y 7 mil de ellos pereció en la mañana del 8 de mayo, o sea alrededor del cincuenta por ciento del total, incluyendo parte de la élite plantadora. De acuerdo con el autor, estas fueron las víctimas que en verdad despertaron la conciencia de la metrópoli, lo que contribuyó a cimentar la idea de que los franco-caribeños eran un bastión de la civilización francesa en el ambiente hostil del trópico.

Tras la catástrofe, muchas de las víctimas recibieron estipendios del gobierno francés, aunque no fue hasta terminada la Segunda Guerra Mundial cuando se modificó el estatus de ciudadanos de segunda clase. La erupción del Mount Pelée, concluye Church, trajo dos lecciones. La primera fue que los oficiales de la administración aprendieron a tomar en serio las amenazas de los eventos naturales y la segunda que se debía reconsiderar el lugar de las Antillas dentro de la esfera nacional de Francia. Cuando el volcán entró en erupción nuevamente en 1929, las autoridades no demoraron en evacuar la mitad norte de la isla para evitar otra catástrofe como la de 1902.

La investigación de Church se sustenta en la amplia consulta de los archivos departamentales de Martinica y Guadalupe, junto a los de Francia (Archivo Nacional de Ultramar y Archivos Nacionales). Con esta base y la bibliografía creciente en el tema de los desastres, nos ofrece un nuevo estudio de caso que se suma a las mencionadas miradas renovadoras hacia las tormentas, las sequías, los incendios u otros

---

<sup>4</sup> Thomas, G. y Morgan, W.: *The Day the World Ended. The Hour by Hour Story of the 1902 Volcanic Incineration of 30,000 People in the French West Indies*, New York, NY Stein and Day, 1969; Scarth, A.: *The Eruption of the Mount Pelée. The Worst Volcanic Disaster of the 20th Century*, Oxford University Press, 2002; y Zebrowski Jr., E.: *The Last Days of St Pierre. The Volcanic Disaster that Claimed Thirty Thousand Lives*, Rutgers University Press, 2002.

eventos de origen natural o humano, la influencia del clima y la historia ambiental de la región del Gran Caribe. Un buen complemento para una obra generalista y de síntesis como la de Schwartz, que enriquece sin duda el conocimiento histórico de estos temas, centrado esta vez en las Antillas francesas.

## Bibliografía

- Ayala, C.: *American Sugar Kingdom. The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1999.
- Braudel, F.: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, 2 vols., New York, Harper & Row, 1966.
- Braudel, F.: *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vols., México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Caldera Ortiz, L.: *Historia de los ciclones y huracanes tropicales en Puerto Rico*, Create Space Independent Publishing Platform, 2017.
- Elsner, J. B. y A. B. Kara: *Hurricanes of the North Atlantic: Climate and Society*, New York, Oxford University Press, 1999.
- Ermus, C. (ed.): *Environmental Disaster in the Gulf South: Two Centuries of Catastrophe. Risk and Resilience*, Baton Rouge, Louisiana University Press, 2018.
- Johnson, S.: *Climate and Catastrophe in Cuba and the Atlantic World in the Age of Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.
- Moya Pons, F.: *El ciclón de San Zenón y la patria nueva. Reconstrucción de una ciudad como reconstrucción nacional*, Santo Domingo, Academia de la Historia Dominicana, 2017.
- Mulcahy, M.: *Hurricanes and Society in the British Caribbean, 1624-1783*, Baltimore, John Hopkins University Press, 2006.
- Pérez Jr, L.: *Winds of Change. Hurricanes and the Transformation of Nineteenth Century Cuba*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.
- Ramos-Guadalupe, L. E.: *Hurricanes. Desastres naturales en Cuba*, La Habana, Editorial Academia, 2009.
- Scarth, A.: *The Eruption of the Mount Pelee. The Worst Volcanic Disaster of the 20th Century*, New York, Oxford University Press, 2002.
- Schwartz, S. B.: *Sovereignty and Society in Colonial Brazil. The High Court of Bahia and Its Judges, 1609-1751*, Berkeley, University of California Press, 1973.
- *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- “The Hurricane of San Ciriaco: Disaster, Politics, and Society in Puerto Rico, 1899-1901”, *Hispanic American Historical Review*, 72-3 (Agosto, 1992), pp. 303-334.
- Thomas, G. y M. M. Witts: *The Day the World Ended. The Hour by Hour Story of the 1902 Volcanic Incineration of 30,000 People in the French West Indies*, New York, Stein and Day, 1969.
- Zebrowski Jr., E.: *The Last Days of St Pierre. The Volcanic Disaster that Claimed Thirty Thousand Lives*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2002.